



Jorge Isaacs

Mariá

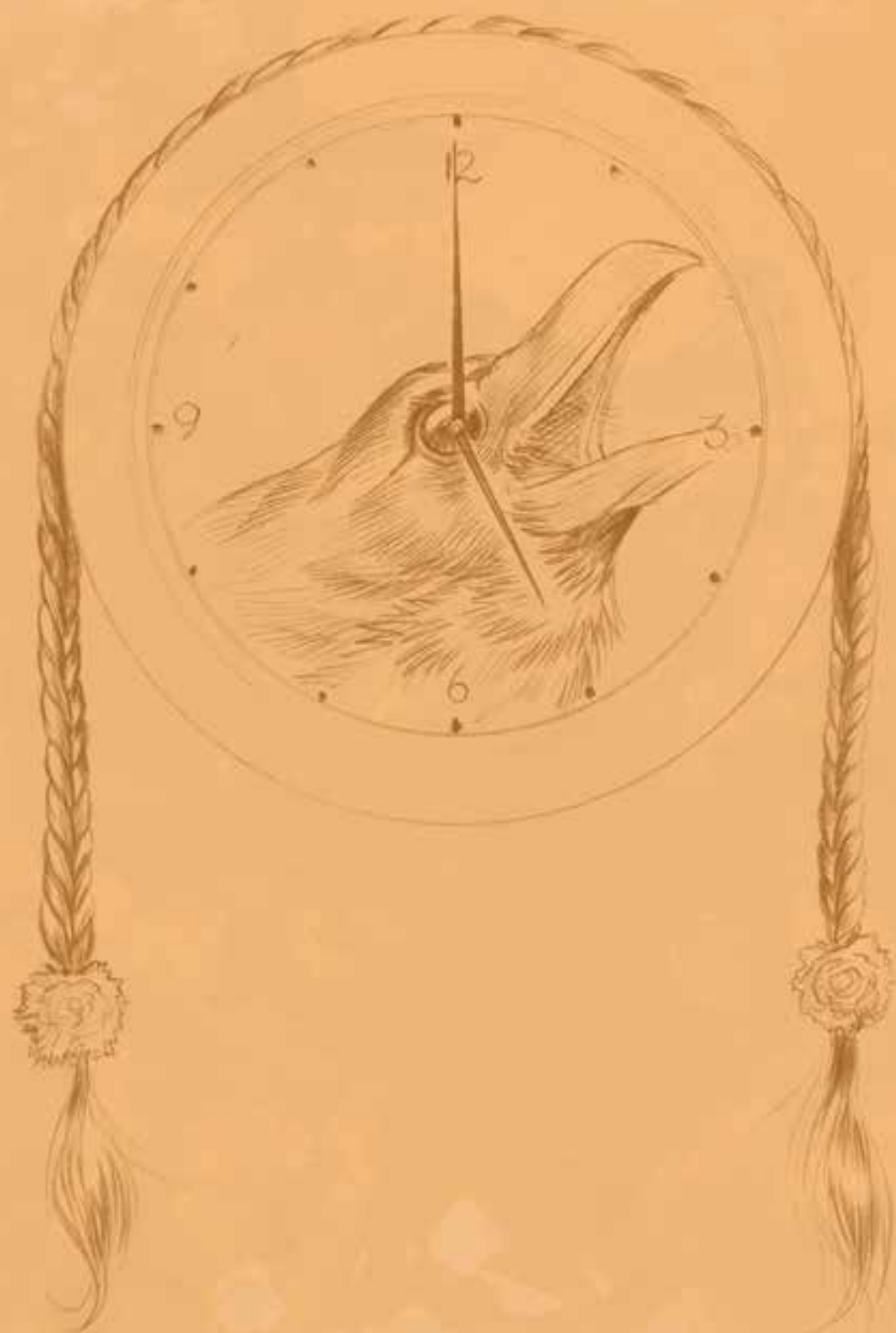
Versión infantil

Adaptación
Betsimar Sepúlveda

Ilustraciones
Jorge A. Restrepo







Jorge Isaacs

María

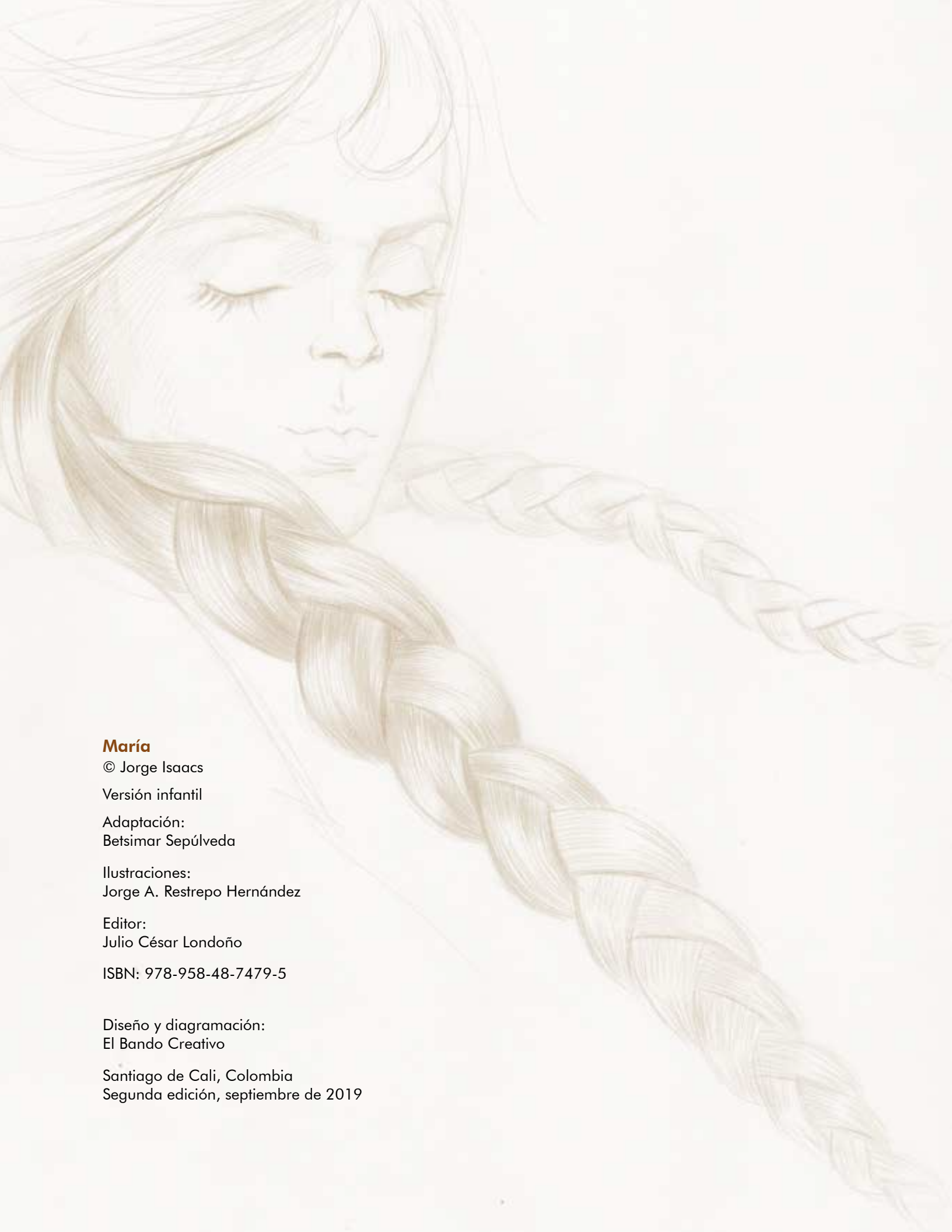
Versión infantil

Adaptación

Betsimar Sepúlveda

Ilustraciones

Jorge A. Restrepo Hernández



María

© Jorge Isaacs

Versión infantil

Adaptación:
Betsimar Sepúlveda

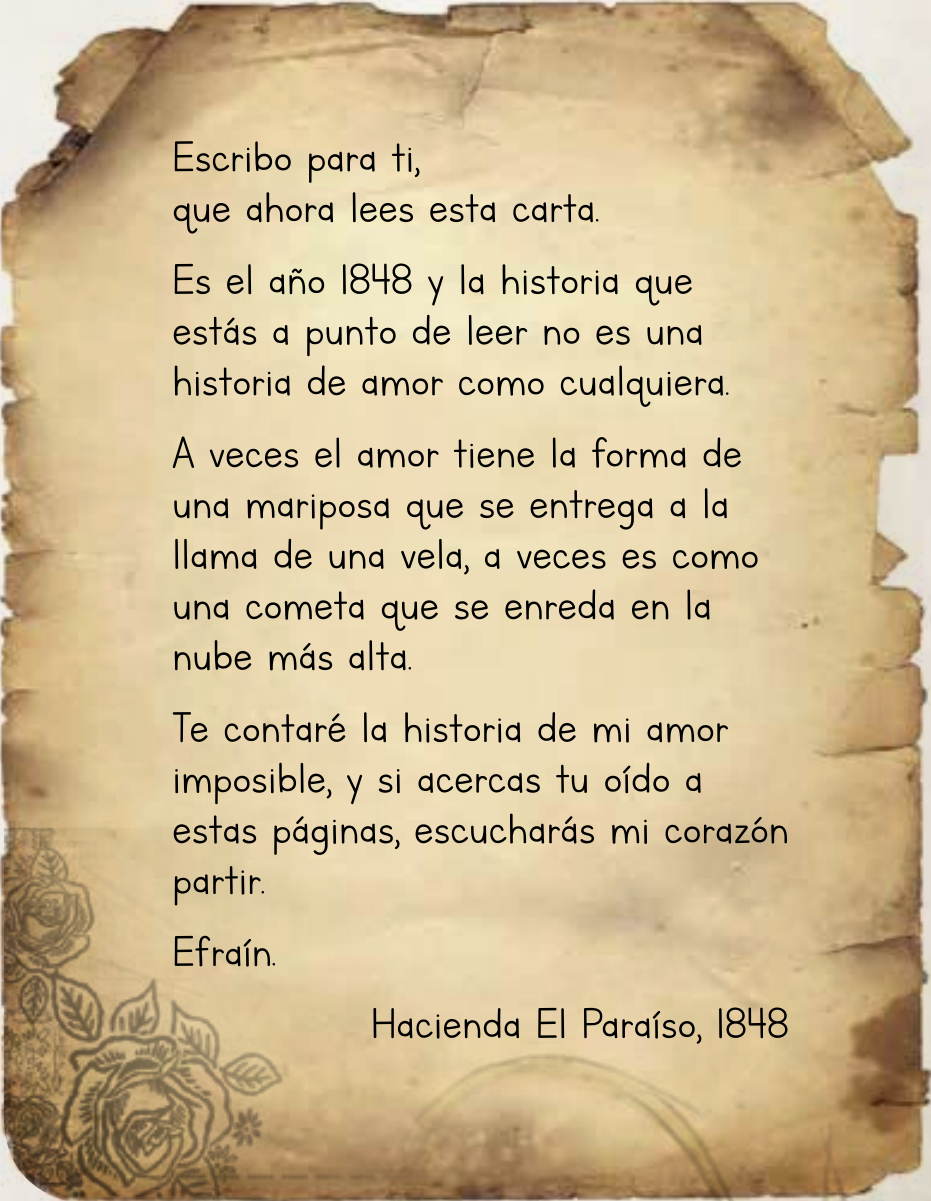
Ilustraciones:
Jorge A. Restrepo Hernández

Editor:
Julio César Londoño

ISBN: 978-958-48-7479-5

Diseño y diagramación:
El Bando Creativo

Santiago de Cali, Colombia
Segunda edición, septiembre de 2019



Escribo para ti,
que ahora lees esta carta.

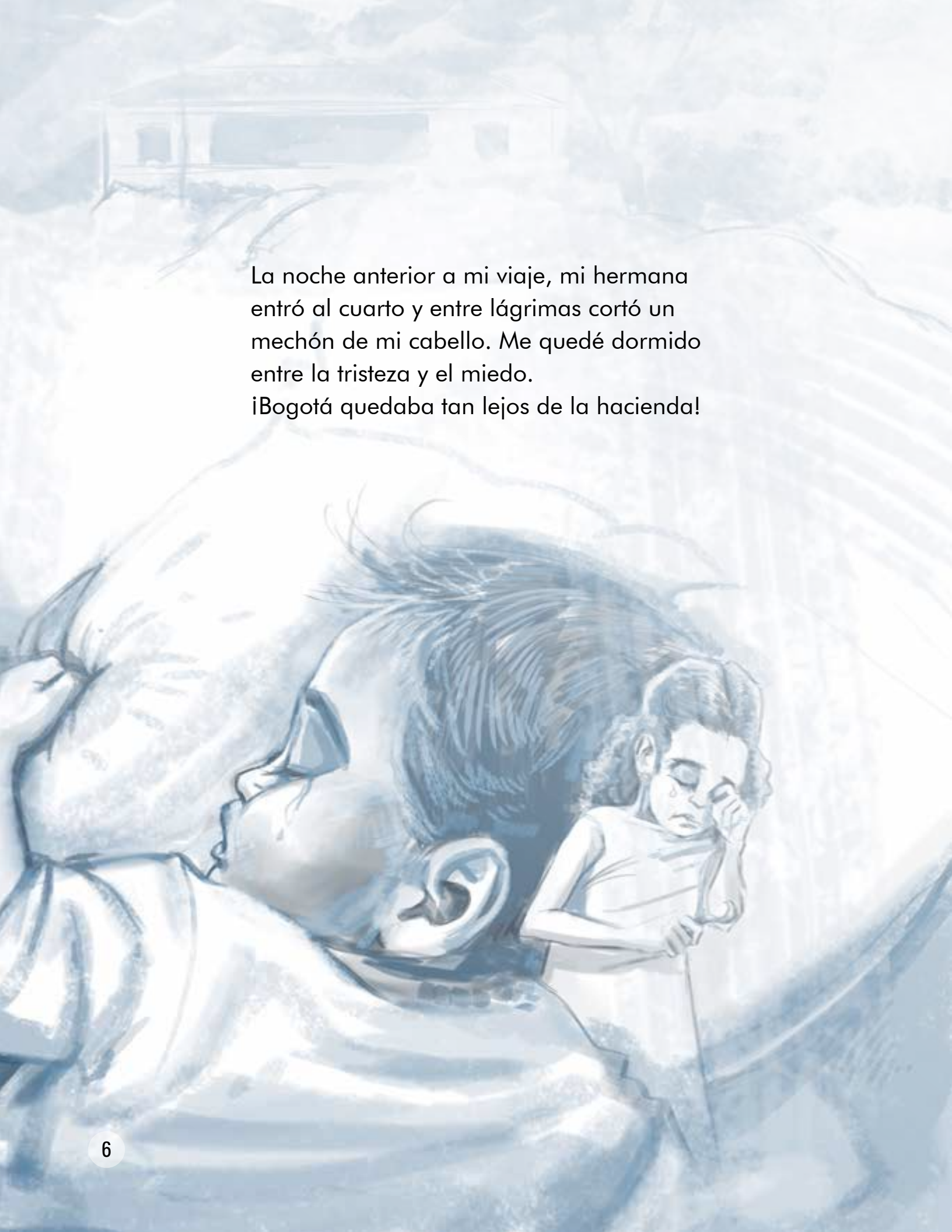
Es el año 1848 y la historia que
estás a punto de leer no es una
historia de amor como cualquiera.

A veces el amor tiene la forma de
una mariposa que se entrega a la
llama de una vela, a veces es como
una cometa que se enreda en la
nube más alta.

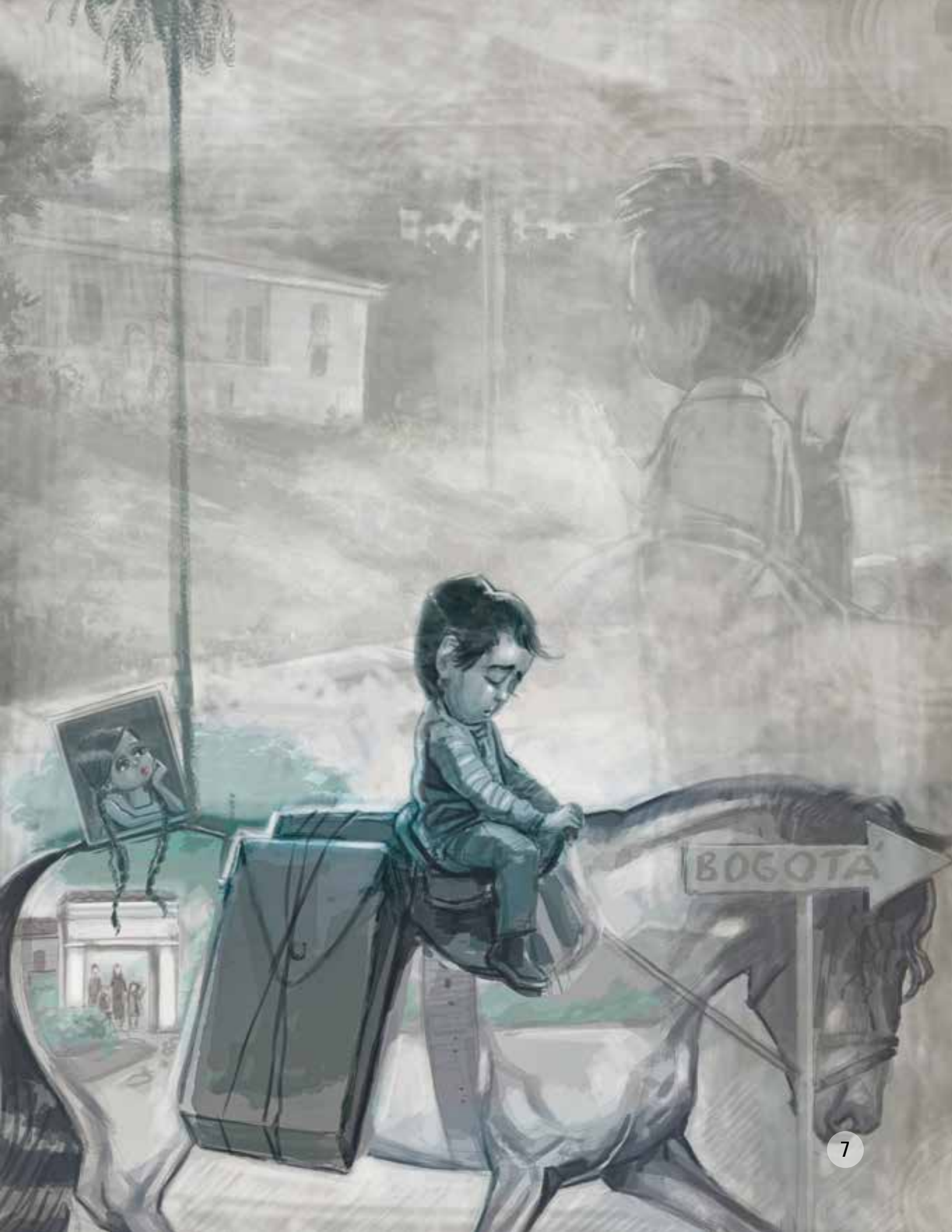
Te contaré la historia de mi amor
imposible, y si acercas tu oído a
estas páginas, escucharás mi corazón
partir.

Efraín.

Hacienda El Paraíso, 1848

A blue-toned illustration. In the foreground, a person is lying down, their head tilted back, eyes closed, and mouth slightly open. Inside the person's ear, a small figure of a person with curly hair is standing, looking down with a sad expression. In the background, a simple house is visible on a hill. The overall mood is melancholic and contemplative.

La noche anterior a mi viaje, mi hermana
entró al cuarto y entre lágrimas cortó un
mechón de mi cabello. Me quedé dormido
entre la tristeza y el miedo.
¡Bogotá quedaba tan lejos de la hacienda!



Seis años después...

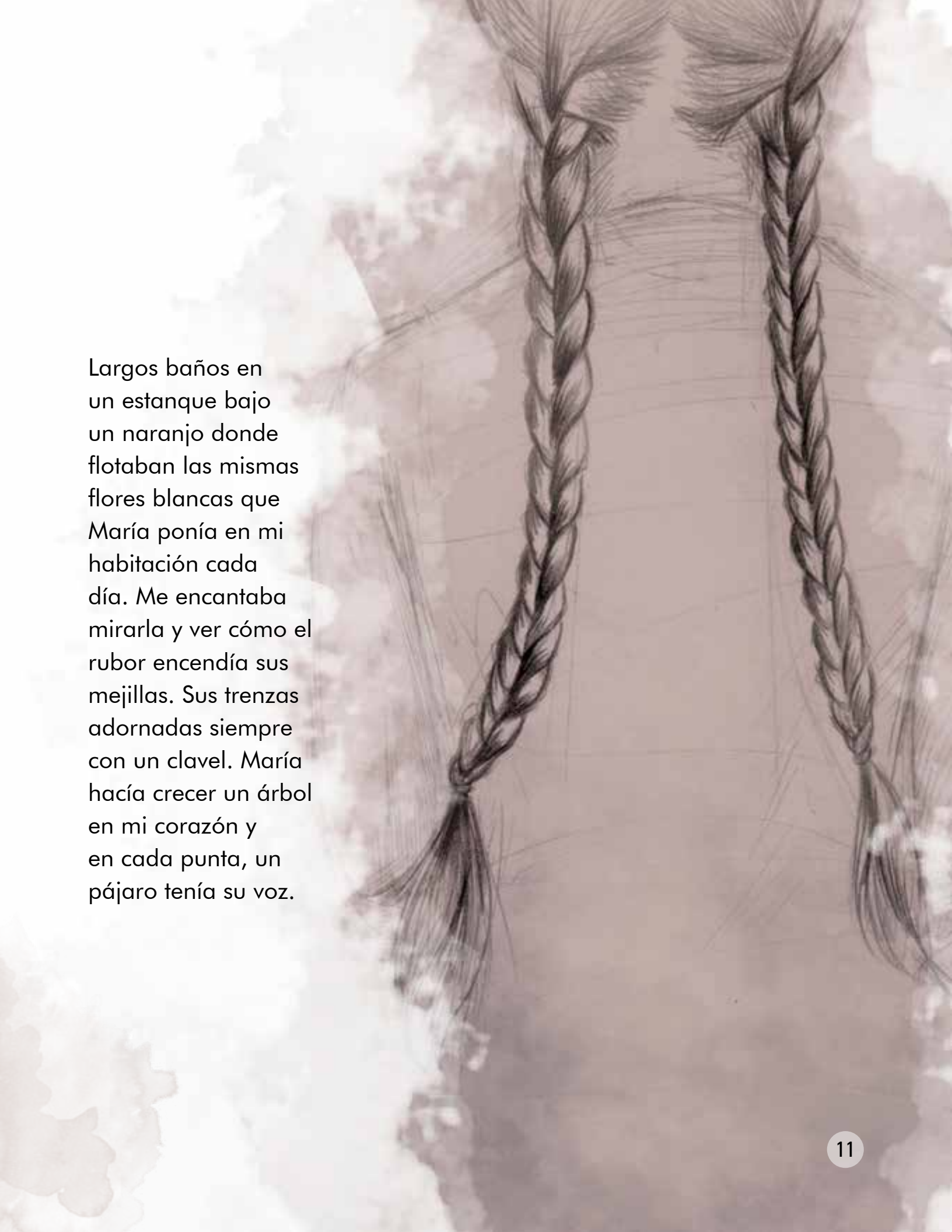
Eran los últimos días de agosto. Los guaduales jugaban a mecerse, mi caballo sacaba chispas al patio de piedras y el corazón no paraba de revolotear en mi pecho. Las luces de mi casa estaban encendidas. ¡Por fin, había regresado!





Gozaba cada día en El Paraíso.
Entre los recorridos por las haciendas de mi
padre, aprendía todo sobre la caña de azúcar,
sobre vacas y caballos. Y durante los paseos,
me dejaba llevar por los olores del bosque y las
piñuelas que me hacían recordar...



A detailed illustration of two long, dark brown braids hanging vertically. The braids are intricately woven and end in soft, wispy tuffs. The background is a light, textured wash of pink and white, suggesting a soft, ethereal atmosphere. The overall style is delicate and artistic, with fine lines and subtle shading.

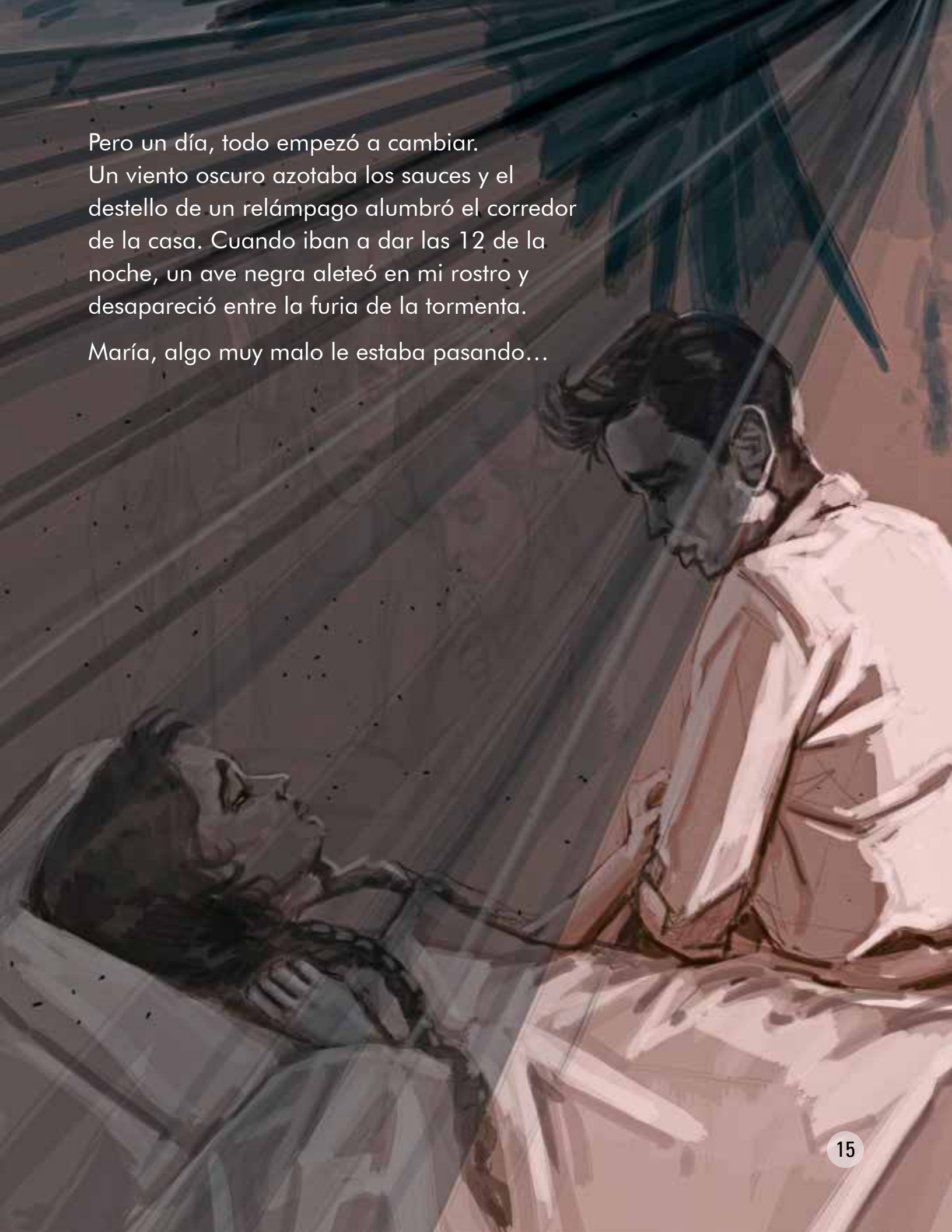
Largos baños en
un estanque bajo
un naranjo donde
flotaban las mismas
flores blancas que
María ponía en mi
habitación cada
día. Me encantaba
mirarla y ver cómo el
rubor encendía sus
mejillas. Sus trenzas
adornadas siempre
con un clavel. María
hacía crecer un árbol
en mi corazón y
en cada punta, un
pájaro tenía su voz.



En las tardes, clases de geografía,
botánica y aritmética. Entre coordenadas
y mapas, yo solo quería navegar en el
azul oceánico de su vestido.



Pero un día, todo empezó a cambiar.
Un viento oscuro azotaba los sauces y el
destello de un relámpago alumbró el corredor
de la casa. Cuando iban a dar las 12 de la
noche, un ave negra aleteó en mi rostro y
desapareció entre la furia de la tormenta.
María, algo muy malo le estaba pasando...







Monté mi caballo y fui a buscar al doctor. Era casi imposible avanzar por el huracán que azotaba la llanura. Pero éramos una sola bestia el caballo y yo. El río Amaime bajaba crecido. Clavé las espuelas en los ijares del caballo, que entró resoplando en las bravas aguas del río, pero se asustó y retrocedió. La corriente era muy fuerte y caían rayos y centellas. Entonces lo acaricié y nos dejamos llevar por la creciente. Las olas se encrespaban alrededor de mi cintura. Con sus últimas fuerzas, vadeó la corriente y salimos a la orilla.

Mis padres me hablaron de la enfermedad de María. Había heredado la epilepsia de su madre. Estaba condenada, y yo también. Sentí que una bandada de cuervos me destrozaba el corazón. «Me casaré con ella», les dije.



¿Cómo llegó María a la Hacienda El Paraíso?

Cuando mi padre estuvo la última vez en las Antillas, su primo Salomón acababa de enviudar. Muy jóvenes habían venido juntos a Sudamérica.

Salomón quedó solo con su niña de tres años. Quería irse a la India, para buscar fortuna. Estaba destrozado. Tomaron un barco hacia la Nueva Granada. En el viaje, mi padre le ofreció hacerse cargo de la niña.

En el muelle de Cartagena, deshecho en llanto, Salomón le entregó su hija a mi padre.

Cuando mi padre regresó yo tenía siete años. Recuerdo que ni miré los regalos que me había traído, por admirar a esa niña dulce y sonriente.

Mi padre se la entregó a mi madre y le dijo:

«Es la hija de Salomón».

Seis años después llegó una carta desde Kingston. Salomón había muerto.





Un día empezamos a encontrar pedazos de vacas y cabras destrozadas. Entonces decidí salir a cazar la fiera con Braulio, los peones y los perros de la hacienda.

En un recodo del sendero, Braulio ordenó que nos detuviéramos y todos obedecimos en silencio. Ni los perros dejaron escapar el más mínimo gruñido. Braulio cerró los ojos, aspiró profundamente y encontró, entre los mil olores de la montaña, el olor del tigre. Descubrió arañazos frescos en el tronco de un árbol.

«Está cerca», dijo.

Estábamos tensos. Nerviosos. Al llegar a la orilla del río, las huellas del animal desaparecieron.

«¡Allí!», gritó Braulio, señalando los árboles del otro lado.

Braulio disparó con su escopeta y los perros echaron a correr en busca del tigre. Los hombres se dispersaron para hacer un triángulo y cercar a la fiera.





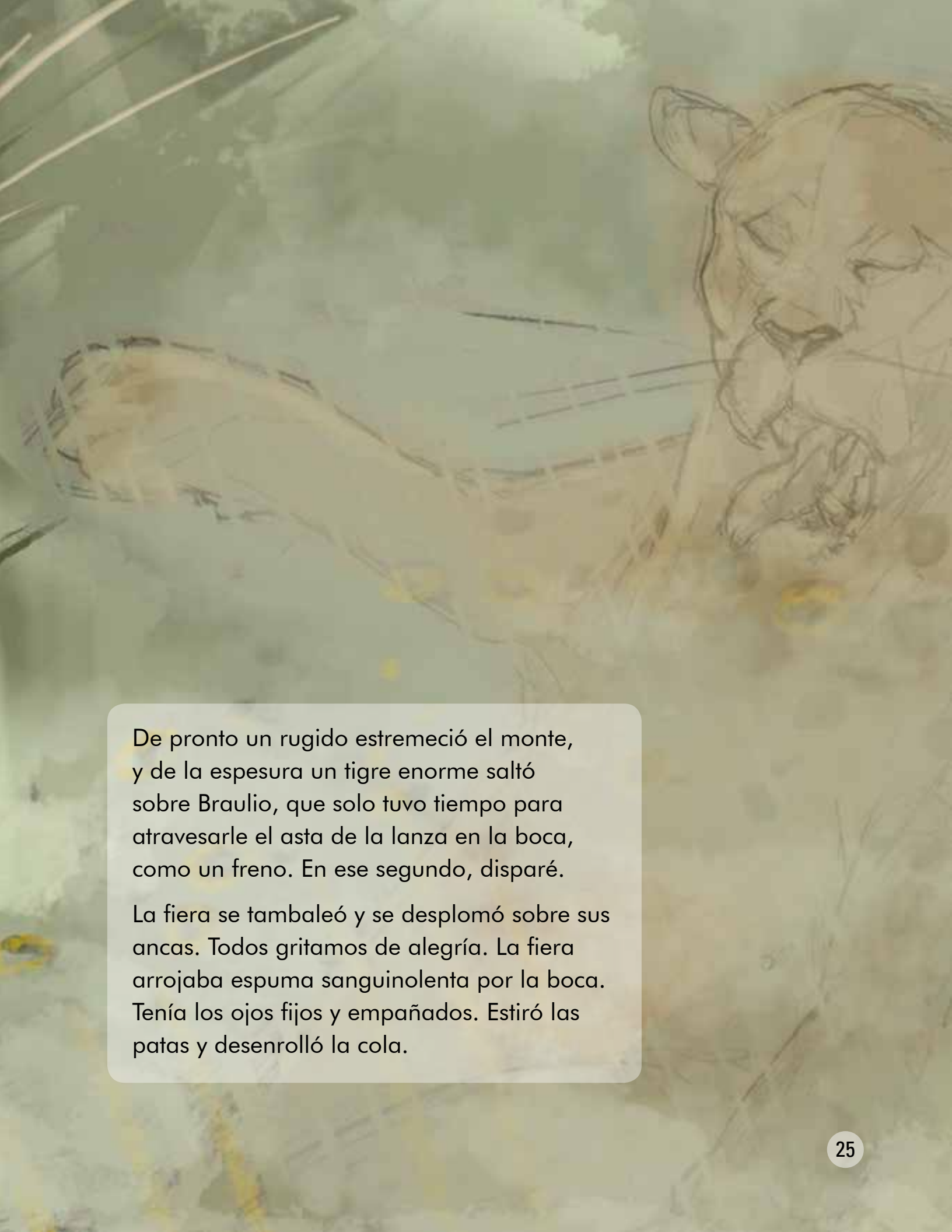
Al ver que sangraba por un costado,
José gritó: «¡Fuego!».

«¡No! –dijo Braulio– podemos herir a los perros».

Ya habían perdido tres, el tigre los había
destripado con zarpazos precisos. Sus cuerpos
yacían entre la maleza, con sus costillares rasgados
y sus entrañas regadas por todas partes.

Durante varios minutos lo perdieron de vista entre
la vegetación.





De pronto un rugido estremeció el monte,
y de la espesura un tigre enorme saltó
sobre Braulio, que solo tuvo tiempo para
atravesarle el asta de la lanza en la boca,
como un freno. En ese segundo, disparé.

La fiera se tambaleó y se desplomó sobre sus
ancas. Todos gritamos de alegría. La fiera
arrojaba espuma sanguinolenta por la boca.
Tenía los ojos fijos y empañados. Estiró las
patas y desenrolló la cola.



Por aquellos tiempos, las mujeres no tenían derecho a elegir marido. Solo los hombres estudiaban, hacían negocios y decidían cuándo y con quién casar a las mujeres de la familia.

A María le tocaba el mismo destino. Un amigo mío, Carlos, pidió su mano sin consultar con ella.



Como si fuera poca
desgracia la enfermedad de
María, mi padre se oponía
a nuestro amor y quería
casarla con un hombre que
jamás había cortado una
flor para ella.

Le pedí a mi madre que
intercediera ante mi padre.
¡Solo María debía decidir
si aceptaba la propuesta
de Carlos!



Durante un paseo familiar por la finca, Carlos aprovechó para tomar del brazo a María. Una garra de acero apretó mi pecho. Los seguí de cerca con ojos y oídos de halcón. Entonces la escuché:

«Usted ha visto la verdad en mis ojos, y mi verdad no está cerca de su corazón».

María se soltó del brazo y continuó el paseo con un gesto altivo, como de gato.



Papá recibió una carta: estábamos al borde de la quiebra. Pensé que no era una mala noticia. Me daba una excusa para no viajar, para no separarme de María.

Pero él dijo: «Yo puedo resolver esto solo. Vete, regresa como doctor, debes continuar tus estudios. Así harás más fuerte la familia y podrás casarte con María».

En esos días ocurrió algo muy triste, murió Nay.

María y yo crecimos con una nana. La conocimos como Feliciano, pero su verdadero nombre era Nay.

Mi padre se la había comprado a un esclavista irlandés llamado William Sardick. Nay venía de Gambia, donde era una princesa.

Quiero contarlo aquí porque Nay vivió con un corazón que era un pájaro triste.



Su amor, Sinar, se ahogó
en las aguas del Atlántico
cuando intentaba huir del
barco esclavista que los
traía a América.





El corazón de Nay se fue apagando y murió con el nombre de su príncipe en sus labios.

Las mujeres de la hacienda la vistieron de lino blanco, hicieron un círculo alrededor del cuerpo de Nay y entonaron cantos de lumbalú hasta el amanecer.

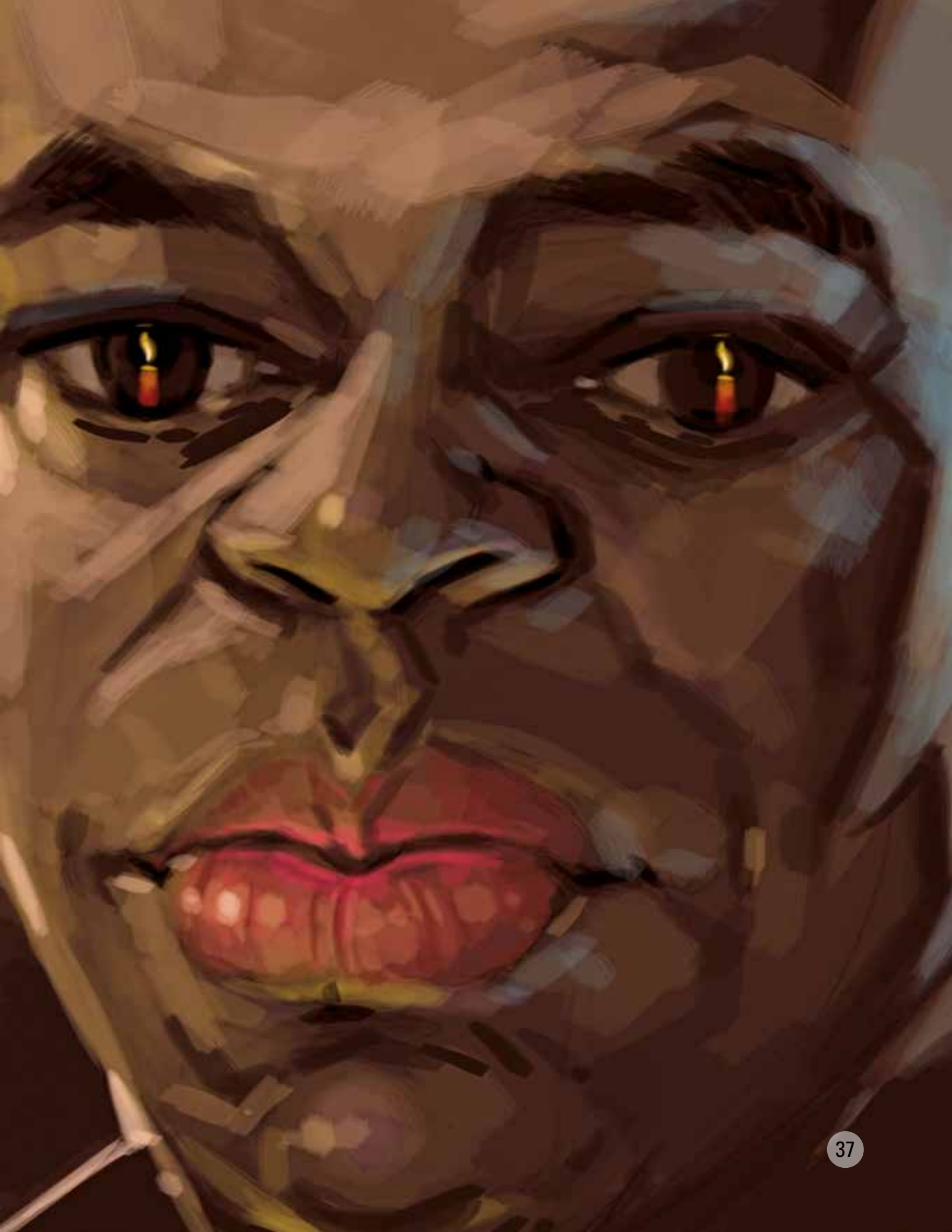


Los cirios alumbraban las lágrimas que
bañaban los rostros negros. Lloré con
ellos, canté con ellos los versos que aún
recuerdo:

«En oscuro calabozo
Cuya reja al sol ocultan
Negros y altos murallones
Que las prisiones circundan;

En que sólo las cadenas
Que arrastro, el silencio turban
De esta soledad eterna
Donde ni el viento se escucha...

Muero sin ver tus montañas
¡Oh patria!, donde mi cuna
Se meció bajo los bosques
Que no cubrirán mi tumba».





Cuando empezó la explotación de las minas de oro del Chocó, se necesitaron muchos hombres para sacar el oro de la tierra. William Sardick era un hombre cruel y ambicioso que secuestraba y vendía hombres y mujeres para hacerlos trabajar en las minas.

Durante la esclavitud, millones de hombres, niños y mujeres africanos fueron arrancados de sus tierras y sometidos a tratos inhumanos en otros continentes, lejos de su hogar, privados de su libertad, sus costumbres, su idioma, su religión y su voluntad.

Desde 1821, la esclavitud estaba prohibida en Colombia. Por derecho, Nay y su hijo eran libres.

Nay era una princesa del pueblo Achimis de Gambia. Aprendió a hablar español por las clases que recibía de Gabriela, la esposa de Sardick. Le preocupaba el destino de su bebé, que un día sería también esclavo si ella seguía bajo el dominio de Sardick o del hombre inglés que quiso comprarla.



Entonces ocurrió algo inesperado... o tal vez fueron los dioses africanos...

El caso es que apareció mi padre y compró a Nay y a su hijito Juan Ángel. «Ahora son libres», les dijo, «pero me gustaría que trabajaras para mi familia y cuidaras de mis hijos».

Nay saltó de alegría y aceptó la propuesta de mi padre. Solo la muerte pudo separarla de nosotros. Amó a María como una madre. Le pintaba, con los ojos inundados de nostalgia, los paisajes de su tierra, imitaba el canto de las aves y el rumor del río por donde salían los barcos repletos de los hermanos que nunca más volvió a ver.

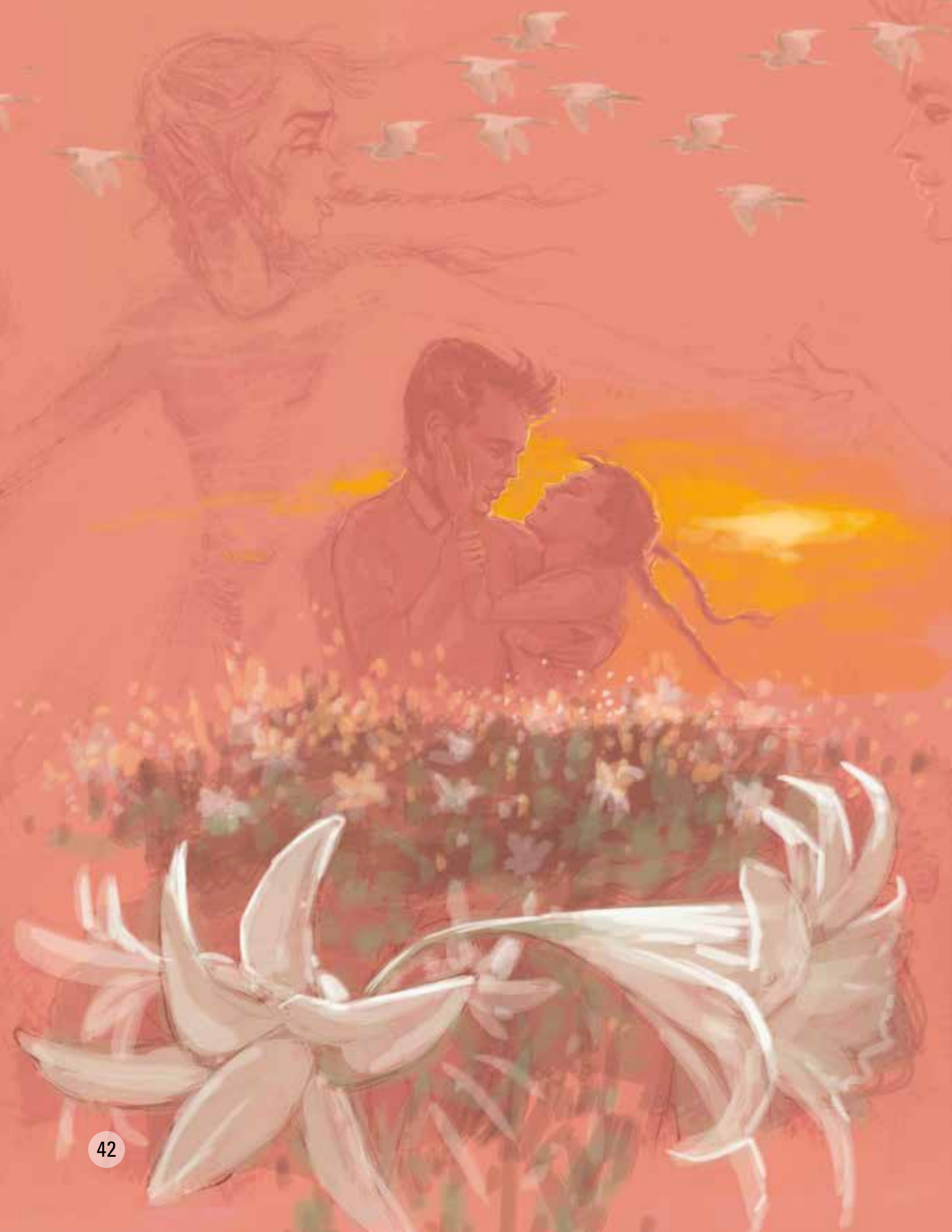


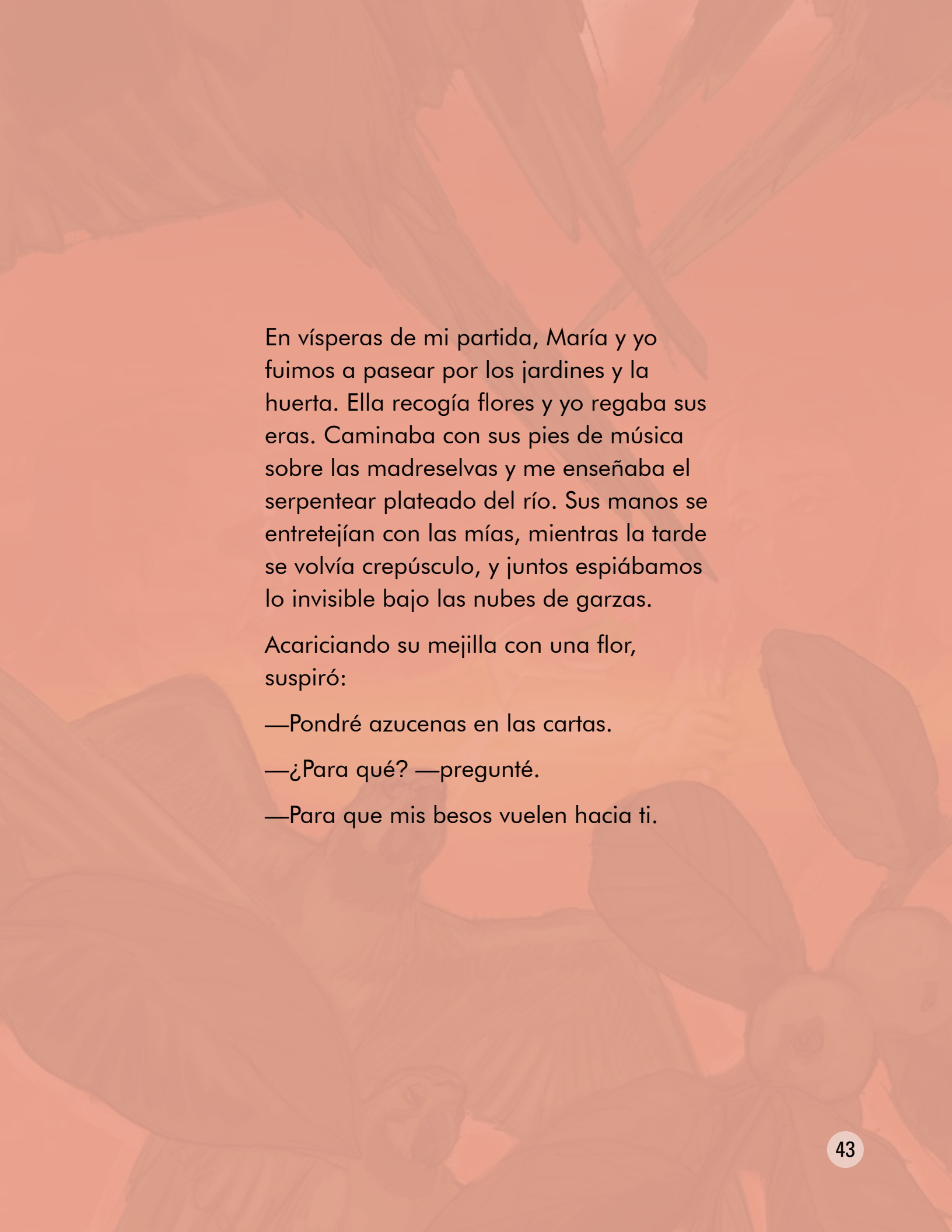
Un día la vi llorar.

—Cuando seas hombre, niño Efraín, nos llevarás en tus viajes a Juan Ángel y a mí, ¿verdad?

—Sí —le contesté—, iremos a la tierra de las princesas, de las montañas y los cantos de tu pueblo. ¿Cómo se llama?

—África —contestó Nay.





En vísperas de mi partida, María y yo
fuimos a pasear por los jardines y la
huerta. Ella recogía flores y yo regaba sus
eras. Caminaba con sus pies de música
sobre las madreselvas y me enseñaba el
serpenteo plateado del río. Sus manos se
entretendían con las mías, mientras la tarde
se volvía crepúsculo, y juntos espiábamos
lo invisible bajo las nubes de garzas.

Acariciando su mejilla con una flor,
suspiró:

—Pondré azucenas en las cartas.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para que mis besos vuelen hacia ti.

Después de hacer mi equipaje con la ayuda de Emma y mi madre, salí al balcón donde María estaba recostada.

—Mira cómo se ha entristecido la tarde sobre el valle. ¿Con qué alas ascenderá la noche al cielo cuando ya no estés aquí?

Tomé su mano y saqué la sortija de su dedo anular.

—Te la devolveré el día de nuestra boda. Mientras tanto llevarás esta, que tiene nuestros nombres grabados.

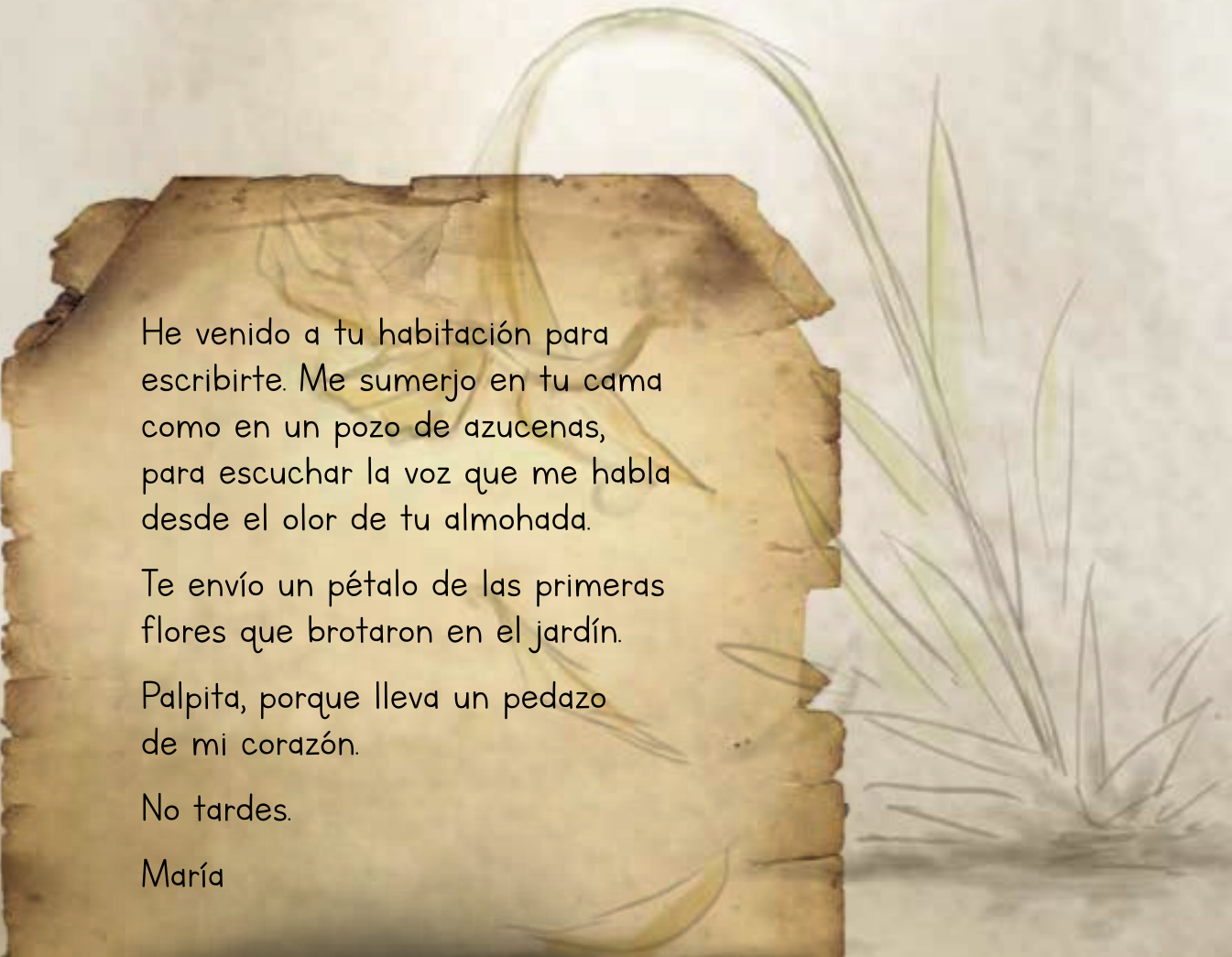
Besé su mano... ¡pero de pronto algo se nos vino encima y estuvo a punto de golpearnos! La cosa se alejó graznando. Abracé a María. Temblaba. Yo también.

El revoloteo del ave negra dejó un pavoroso escalofrío en todo mi cuerpo y apagó el candil que llevaba mi madre en la mano.



¿Han visto cómo palidecen las flores por la falta de sol? ¿Cómo se doblan hacia el suelo cuando el agua ya no las toca? Así se apagaba María a medida que se acercaba mi viaje.

Dos semanas después me llegó una carta de María.



He venido a tu habitación para
escribirte. Me sumerjo en tu cama
como en un pozo de azucenas,
para escuchar la voz que me habla
desde el olor de tu almohada.

Te envío un pétalo de las primeras
flores que brotaron en el jardín.

Palpita, porque lleva un pedazo
de mi corazón.

No tardes.

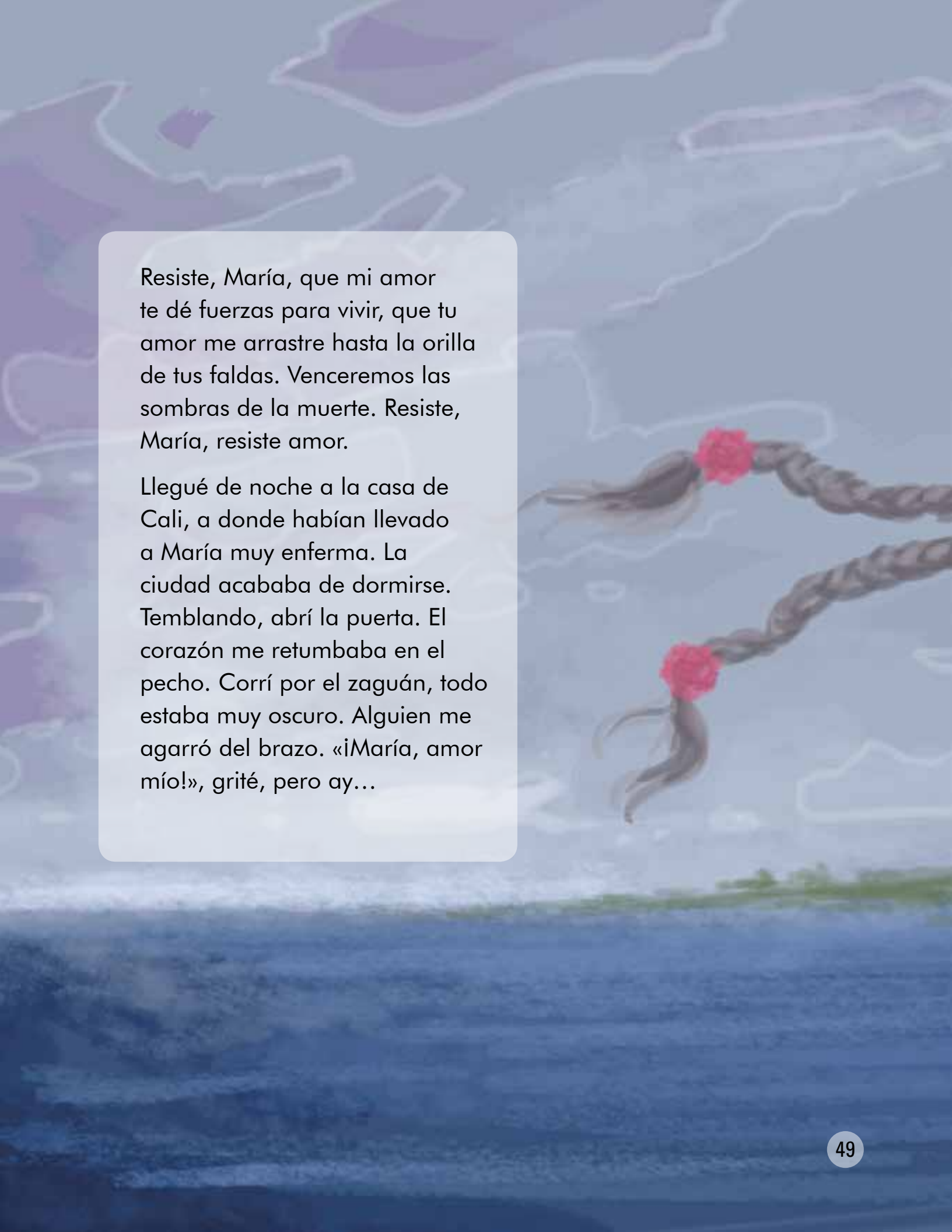
María

Luego envió más cartas, muchas cartas.
La última me estremeció:

“Si vienes tendré fuerzas para resistir, pero si algo superior a mi voluntad me arrastrara, le entregaré a Emma las trenzas de mi cabello y la sortija que me pusiste”.

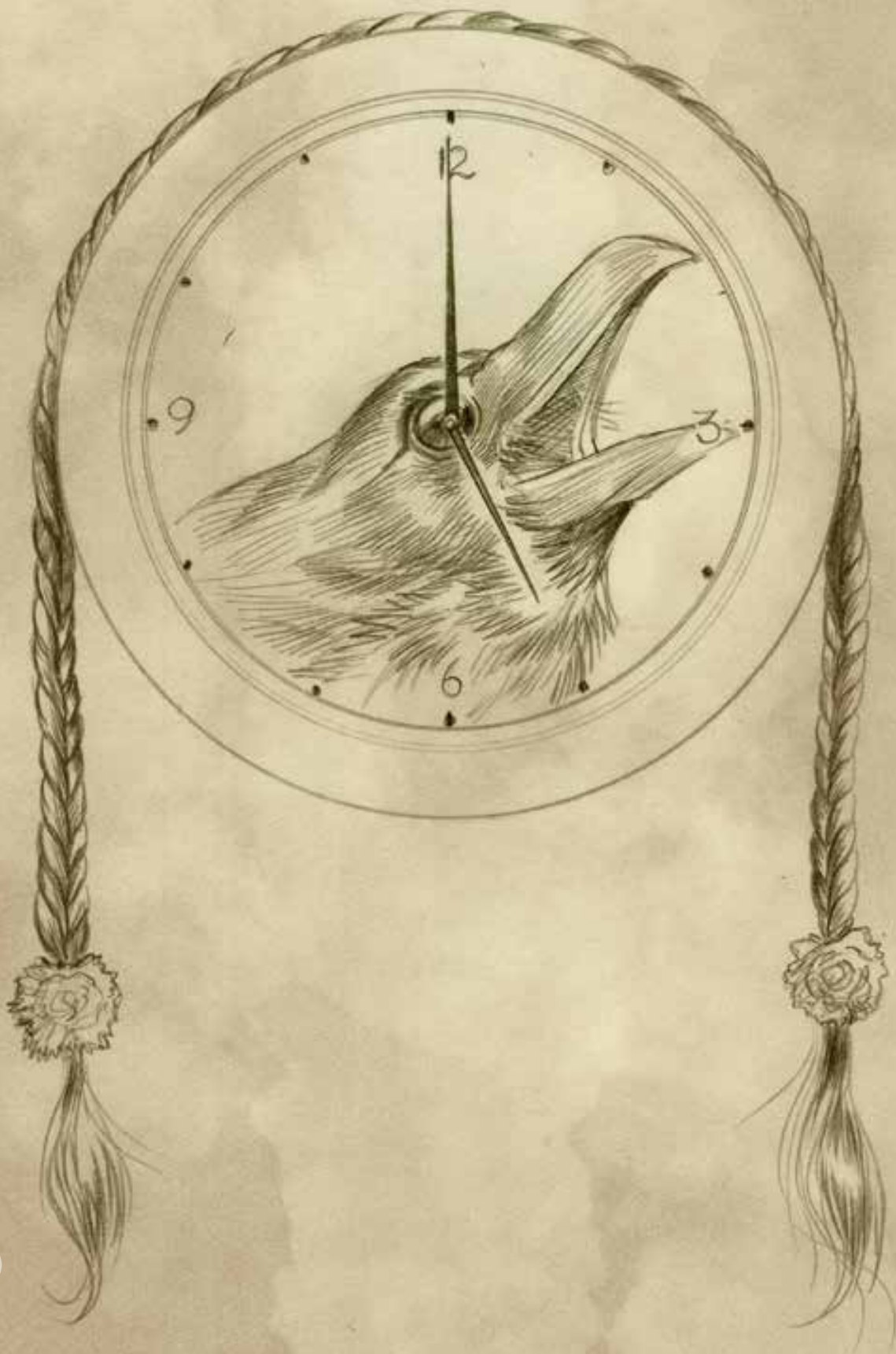






Resiste, María, que mi amor
te dé fuerzas para vivir, que tu
amor me arrastre hasta la orilla
de tus faldas. Venceremos las
sombras de la muerte. Resiste,
María, resiste amor.

Llegué de noche a la casa de
Cali, a donde habían llevado
a María muy enferma. La
ciudad acababa de dormirse.
Temblando, abrí la puerta. El
corazón me retumbaba en el
pecho. Corrí por el zaguán, todo
estaba muy oscuro. Alguien me
agarró del brazo. «¡María, amor
mío!», grité, pero ay...







Han pasado ya dos meses desde que María se convirtió en semilla de azucenas, en susurro de caracoles bajo la tierra. Entré a su habitación. Abrí el cajón y allí estaban las trenzas. Las besé para sentir su palpitante luz, para que me alumbraran por dentro, donde está María, en el revés de mis ojos, de mi alma. En las trenzas de María me entretejo yo.

Soñé que María era mi esposa...

Quise dormir más allá del sueño y llegar hasta ella. La vi con un traje blanco vaporoso y un delantal azul, una azucena arrancada de la vida. Me besó, la besé. Estaba viva. Sentí su aliento en la tierra, en las pisadas mansas de los caballos, en la savia que circula vital entre las raíces, en el lenguaje laborioso de las hormigas, en la geometría de seda que deja la araña en la espiga. María es otro órgano mío, otro corazón, un corazón de tierra y de agua que late dentro de mí.

Después de cabalgar hora y media, me detuve en el huerto. Bajo los tamarindos, estaba sembrada María.

La muerte es como un monstruo blanco que vino a enseñarme que la tristeza podía tomar la forma del ser amado. O como un pájaro negro que puede arrebatarnos la vida a las muchachas enamoradas.





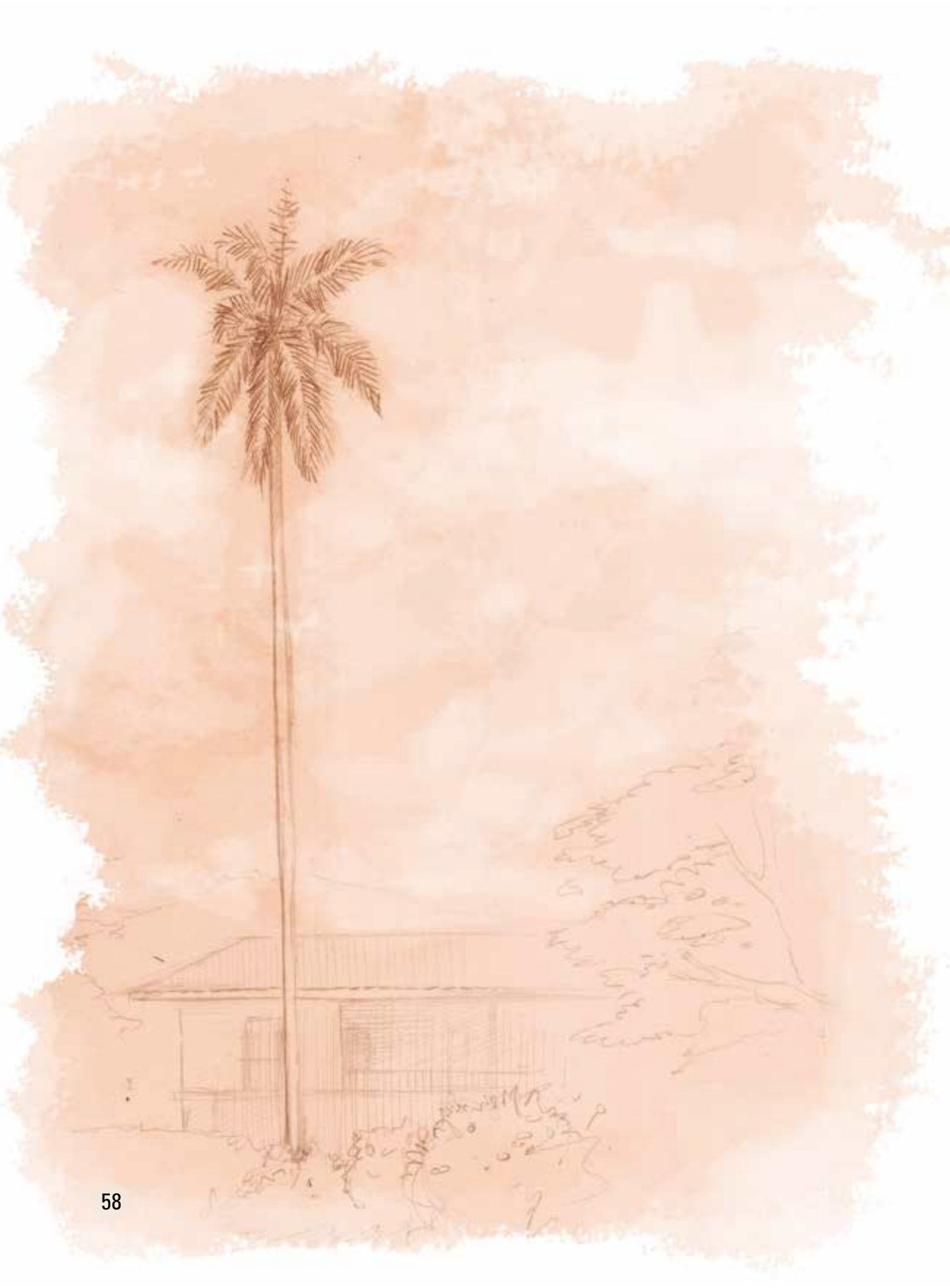
María anidó en el regazo de la noche.
Ya no teme al dolor ni a la espera.
Pobres las mansas piedras que no
pueden moverse. María sí. María tiene
la forma exacta del viento que me besa
cuando quiere, o del hilo de sol que
atraviesa el follaje y me toca, o del
azúcar que emerge de la marea de los
cañaverales del Valle.

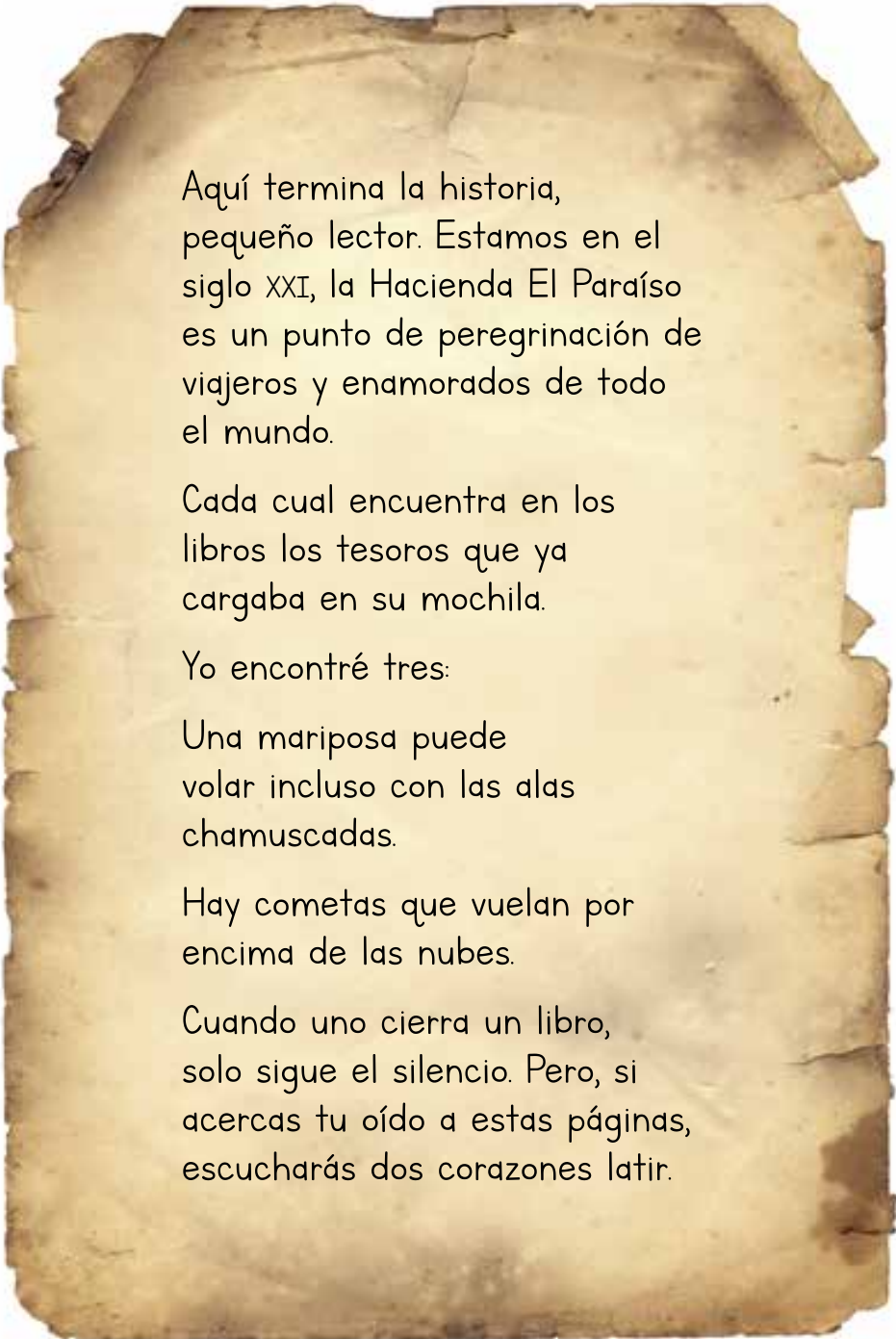
La belleza del rayo que duerme en el
árbol caído es María.

La muerte es una loca. No se lleva el
tesoro que arrebató.

María existe, es el Valle, el amor.

La nombraré el resto de mi vida para
que no se borre su imagen, para que
nunca muera el amor.





Aquí termina la historia,
pequeño lector. Estamos en el
siglo XXI, la Hacienda El Paraíso
es un punto de peregrinación de
viajeros y enamorados de todo
el mundo.

Cada cual encuentra en los
libros los tesoros que ya
cargaba en su mochila.

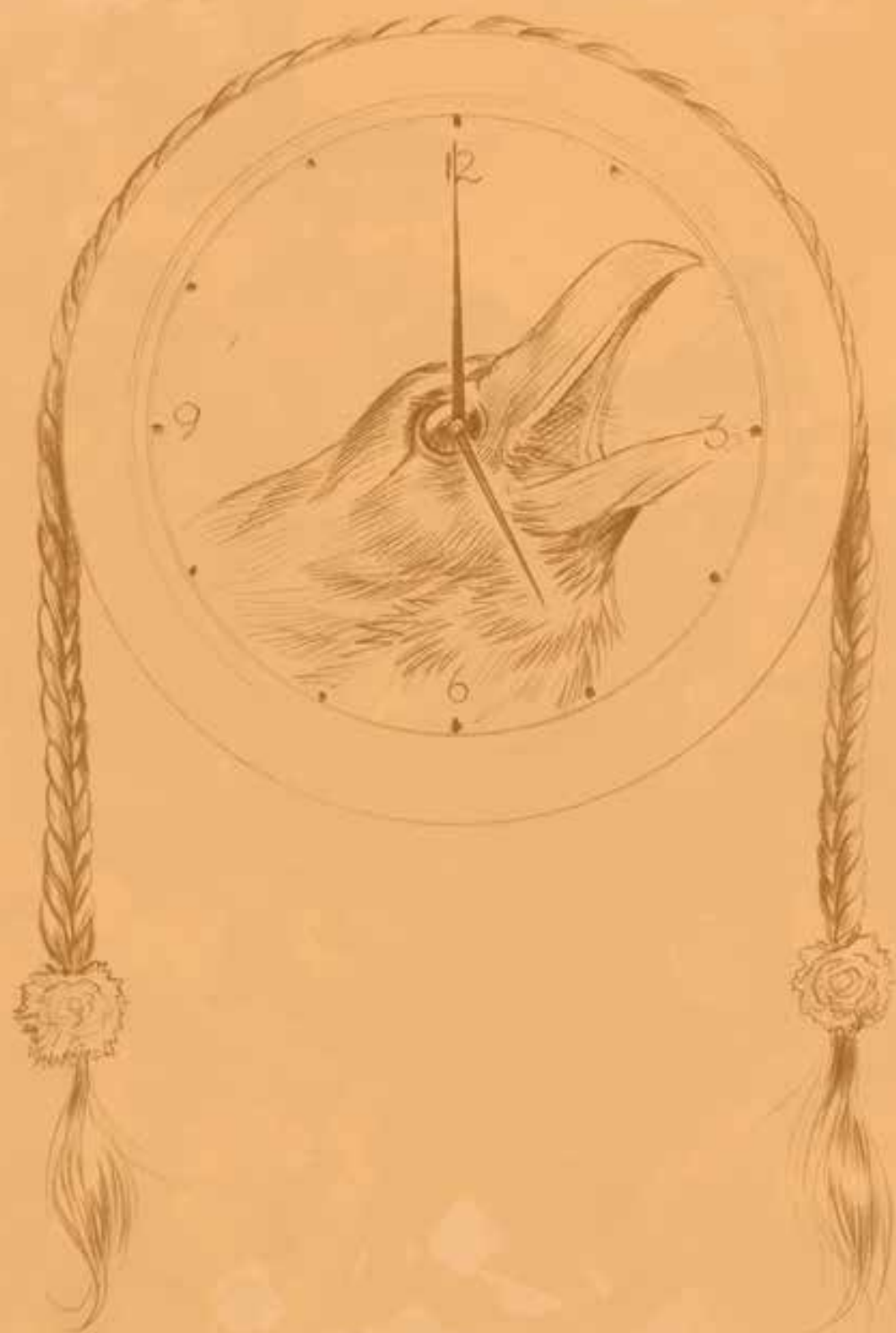
Yo encontré tres:

Una mariposa puede
volar incluso con las alas
chamuscadas.

Hay cometas que vuelan por
encima de las nubes.

Cuando uno cierra un libro,
solo sigue el silencio. Pero, si
acercas tu oído a estas páginas,
escucharás dos corazones latir.







El libro que vas a leer es la historia
de un amor que nunca murió
porque es muy bello y porque un poeta
lo contó con palabras redondas
como piedras de río.
Si acercas tus oídos a estas páginas
escucharás dos corazones latir.

